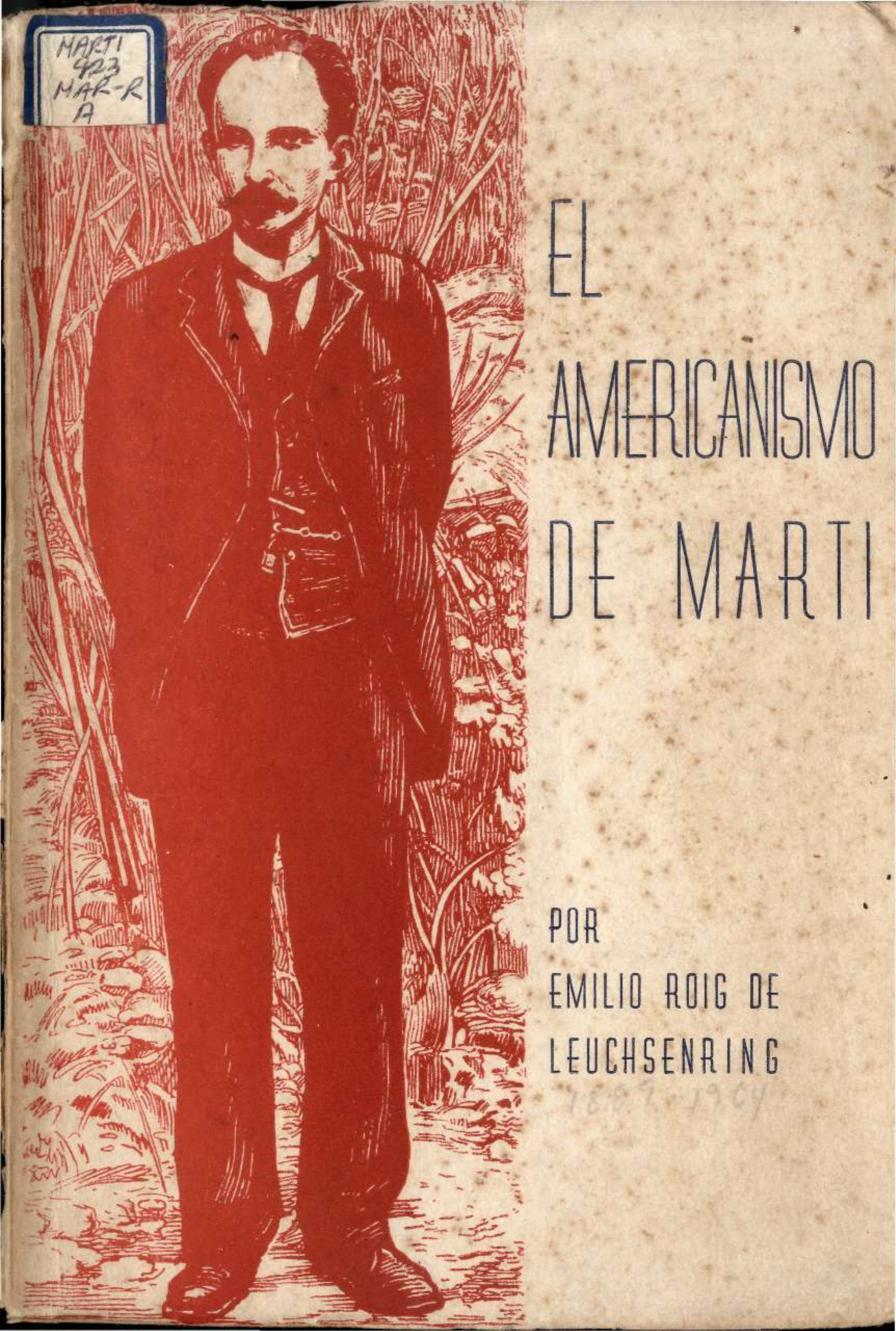


EL AMERICANISMO DE MARTI

POR

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

EL AMERICANISMO DE MARTI

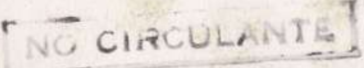
POR

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

LA HABANA

1 9 5 3





Invitado a tomar parte, y enviar algún trabajo, en el Congreso de Escritores Martianos que se celebró en La Habana del 20 al 27 de febrero de 1953, convocado por la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, recibí dicha invitación cuatro días antes del señalado para el comienzo de las labores de aquél. Pensé, dada la imposibilidad de preparar un trabajo, no concurrir a dicha reunión; pero recordando que tenía listo para la imprenta un estudio sobre El Americanismo de Martí, *hube de presentarlo al Congreso donde fué leído y comentado en una de las sesiones de la Comisión de Temas Políticos, y que es el que publico en el presente volumen como uno de los homenajes que he querido rendir a Martí en su centenario, por considerar que la divulgación de las ideas magnas del gran Apóstol de la libertad de Cuba y de América es el tributo más sincero a su memoria y uno de los modos mejores de cumplir sus voluntades.*

Quien haya estudiado acuciosamente, con amplio espíritu comprensivo, en sus hondas raíces y en sus trascendentales proyecciones, la ideología político-revolucionaria de Martí, no puede encerrar en los estrechos límites de lo cubano su apostolado y su martirio, sino que le es necesario reconocer y proclamar que su vida y su obra tienen preciso e invariable carácter americanista e internacionalista, al extremo de poder sostenerse con toda justicia que para él la independencia de Cuba y Puerto Rico no es un fin sino un medio: el paso indispensable para lograr la consolidación y engrandecimiento de las repúblicas de esta parte del Nuevo Mundo a la que amorosa y orgullosamente llamó *Nuestra América* y *Madre América,* y con vistas al empeño mayor de hacer obra universal, anchamente humana.

Y porque así lo pensó llevar a cabo, estudió Martí profundamente, hasta conocerlos a plenitud e identificarse por completo con ellos, la historia, los problemas, las necesidades, las glorias y las desgracias, no solamente de Cuba sino de todos los pueblos de la América nuestra, y también el peligro gravísimo que para ella significaba "la influencia y la atracción" de la que él denominó "la otra América".

Como expreso en mi libro *Martí en España,* el conocimiento de las realidades de su patria, esclavizada y explotada por el despotismo español, comenzó a adquirirlo Martí en su propio hogar y por su propio padre.

Militar éste, unas veces, y funcionario policíaco otras, Martí desde sus primeros años pudo ver y sentir todo el horror, la crueldad y la injusticia del procedimiento colonizador de España en Cuba, y de cómo al "cubano contrario al déspota — el Capitán General — o enemigo de los negreros", se le perseguía y se le maltrataba, más encarnizadamente que al criminal y al malvado. Y allí, y en su hogar, vió y sintió a su padre formando parte de todo ese odioso mecanismo. Y a la natural repulsión y protesta que en su corazón levantara ese cuadro de la celaduría de

barrio, vino a sumarse la ruda oposición de su padre a que abandonara aquella vida y se instruyera más y más, como eran sus deseos.

Tuvo Martí la suerte de contar, en esos los inicios de su formación revolucionaria, con el ejemplo, el estímulo y el consejo de su maestro, el integérrimo patriota Rafael María de Mendive, y la fraternal amistad de su condiscípulo Fermín Valdés Domínguez, así como de hallar, igualmente, en los hogares de uno y otro, calor de comprensión e identificación en sus penas y en sus fervorosos anhelos de servir a su patria y combatir a sus verdugos.

Desde el colegio de Mendive ya ha echado, por propia determinación, su suerte futura, el niño estudiante. Es allí, y a esa temprana edad, donde Martí reconoce la necesidad de que Cuba se independice de España, y entonces es cuando en su mente comienza a elaborarse la gran obra a la que ha de consagrar toda su existencia.

Así vemos que apenas se dicta el decreto de libertad de imprenta por el capitán general Domingo Dulce el 9 de enero de 1869, Martí sale a combatir el régimen español de Cuba y a defender la independencia y la libertad de su patria. Y desde entonces comienza a sufrir por esa causa y ese ideal. Como afirma Enrique José Varona,

> el niño se hizo hombre en el dolor inmerecido y en la ignominia injusta, y el hombre comprendió su vocación irrevocable y se sintió profeta. Profeta para estigmatizar la protervia de la tiranía más inicua, y profeta para evocar, predecir y apresurar la resurrección, la regeneración del pueblo, que bajo esa tiranía agonizaba. Su espíritu entra desde entonces en ebullición, desde entonces comienza su labor perenne, su incesante actividad, el batallar que no había de encontrar descanso hasta la hora suprema de la final y gloriosa batalla.

Isidro Méndez ha observado, y observado bien, que desde sus primeros escritos Martí define sus ideas políticas en las notas editoriales de *El Diablo Cojuelo,* y los versos del poema *Abdala* en *La Patria Libre,* ambos trabajos de enero de 1869; ideas que reitera y amplía en el formidable anatema contra el despotismo español – *El Presidio Político en Cuba,* de 1871, y en el contun-

dente enjuiciamiento de la política colonial española, *La República Española ante la revolución cubana*, de 1873 –; ideas que han de robustecerse, fijando definitivamente su actitud y línea de conducta respecto a los problemas cubanos en relación con la Metrópoli, con la enseñanza objetiva que recibe durante su destierro en la Península, mucho más cuando tiene la suerte de asistir al nacimiento y al derrumbe de la República y de comprobar que no existe diferencia alguna, en cuanto a ceguera, incomprensión e incapacidad políticas en asuntos coloniales, entre monárquicos y republicanos, entre conservadores y liberales, y que es la separación total de España, por la revolución, el único camino que puede conducir a la solución de los problemas cubanos, ya que Cuba jamás alcanzará bajo el dominio español, ni libertad, ni justicia, ni civilización, ni prosperidad, ni engrandecimiento.

Cuando años más tarde, en 1879, Martí vuelve a España, también como deportado político, recibe de Cristino Martos – uno de los españoles de España "de los más adelantados y fervientes", uno de "aquellos demócratas eminentes a quienes en Cuba se tiene hoy por más amigables y propicios" –, la plena y terminante confirmación del juicio a que había llegado en 1871-74, cuando aquél, después de oír la exposición que Martí le hace del caso cubano, le confiesa: "Oh, sí, tiene usted razón, o ustedes, o nosotros: allí no cabemos juntos".

El Apóstol de las libertades cubanas acrecentará después su experiencia política, con vista a la plasmación de la república que trata de fundar, en sus peregrinaciones patrióticas por Hispanoamérica y durante su prolongada residencia en los Estados Unidos.

En las repúblicas de la América nuestra podrá estudiar sobre el terreno los poderosos obstáculos que representa en el desenvolvimiento y progreso de las nacientes repúblicas de origen hispano, la supervivencia del reaccionarismo peninsular, dominante en todas ellas por la acción de prejuicios, convencionalismos, discriminaciones, incultura, clericalismo, intereses creados . . .

Y su vida, por largos años, en Norteamérica, le hace conocer "las entrañas del monstruo", del monstruo que el expansionismo del imperio republicano, de la nueva Roma americana, repre-

sentaba entonces para las naciones hispanoamericanas, y que habría de pesar, aún mucho más, en el nacimiento y desenvolvimiento de la futura república cubana.

Es necesario dejar expuesto que en esta marcha hacia el ideal vislumbrado en sus primeros años, Martí afronta solo, irreductible, sin que jamás decayera su fe en el triunfo definitivo de los propósitos perseguidos, la lucha contra las dificultades y los contratiempos que una y mil veces le salieron al encuentro. El hombre marcha decidido, sin tregua ni abatimientos, hacia la meta del deber por cumplir que él mismo se ha impuesto, desoyendo en todo momento las voces de los incrédulos y los pesimistas y hasta los reclamos insistentes del amor maternal, logrando desasirse de esos grilletes que trataban de encadenarlo a los intereses creados de la familia y del hogar, pesada losa de ideales y ensueños, de compromisos y deberes, que aplasta y sepulta a tantos hombres que soñaron consagrarse al apostolado político o social, y que Martí logró romper para su propia gloria y para el bien de Cuba.

¿Qué medios utiliza Martí para llevar adelante sus propósitos y sus ideales?

La pluma y la palabra, que han de servirle para la propaganda de sus ideas y la conquista de adeptos a la causa en que ha empeñado su vida. La pluma, que ha de ser arma esgrimida desde las páginas de periódicos, revistas y folletos y desde las hojas de las innúmeras cartas que sin descanso escribió durante los años de apostolado revolucionario, no para ofender y destruir, sino para defender y fundar. Y la palabra — en el discurso, en la tertulia y en la conversación privada —, la palabra, de que dijo: "ha caído en descrédito porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella", pero para aclarar en seguida: "todavía tiene oficio la palabra... si ha de impedir las tiranías civiles o militares... y los odios y pequeñeces de los políticos débiles e intrigantes", dándonos lección anticipada, a los ciudadanos futuros de su república, según Salvador García Agüero, en su conferencia *Martí, orador,* ha sabido, glosando esos conceptos de Martí, aplicarlos a nuestros días, al decir que, efectivamente, todavía — hoy — tiene oficio la palabra, "si en vez de ponerla al servicio de una casta arrogante sobre un pueblo hambriento, se la emplea en el equilibrio de la justicia", y en la obra

cordial de todos para el bienestar común, porque nada menos que ella — dijo Martí — y no señoríos pueriles y libertadores a lo inglés, es necesario para el triunfo en el conflicto posible, y para la paz después del triunfo, y aún para la vida sana de la patria".

A la pluma y a la palabra sumó Martí otro medio indispensable para el éxito de su labor revolucionaria y para la fundación estable de la República: la organización.

Organizar la revolución, para que no fracase, preocupa en todo instante a Martí; y por no creerla suficientemente organizada se separa de toda tentativa revolucionaria a la que falte ese requisito indispensable, y a organizarla se dispone cuando ya ve madura la opinión pública patriótica de las emigraciones y de la Isla. Surge entonces, modelado por sus manos taumatúrgicas, el *Partido Revolucionario Cubano,* nueva lección que legará a sus compatriotas, para los días republicanos.

Porque Martí, al desatar la guerra contra España, no se propone únicamente esa finalidad independentista, sino que persigue, además, otros muchos más altos y trascendentales propósitos americanistas e internacionalistas, su República ha de estar fundada sobre bases de firmeza y estabilidad singulares, y los ciudadanos de la misma han de poseer, lo mismo gobernantes que gobernados, virtudes excepcionales.

Quiere, primero, que la República no sea colonia superviva; que el espíritu reaccionario, feudal, de la colonia no subsista, disimulado bajo una bandera sin sentido y una constitución sin realidad efectiva, en Cuba republicana. Y avisará que

> el peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la República, como si el gobierno de la patria fuera propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas.

Claramente rechazó que la República cubana pudiera ser la perpetuación "con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y la composición buro-

crática de la colonia", sino que esperaba fuera la constitución de "un pueblo nuevo y de sincera democracia"; de una patria

> cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza, un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Quiso también Martí que sus compatriotas supieran ser en todo momento, no un rebaño de parias y esclavos, sino un pueblo de verdaderos y conscientes ciudadanos, no aduladores serviles de otro hombre, por extraordinarias que se creyeran sus cualidades como gobernantes. Ni aduladores los gobernados, ni dictadores los gobernantes. Así, en su discurso de 26 de noviembre de 1891, en Tampa, dice:

> O la República tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí, y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la República no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. ¡Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la boca del Continente de la República, la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia! ¡Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas, que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra para rebajarles el carácter! . . . La lengua del adulador se clave donde todos la vean . . . A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano o guante? . . . Cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos.

Una de las más trascendentales cartas que escribiera Martí, es la dirigida desde Nueva York a Máximo Gómez en la remota fecha de 20 de octubre de 1884, casi ignorado entonces Martí

por el después General en Jefe del Ejército Libertador, y sólo conocido en su labor revolucionaria entre un reducido grupo de cubanos exilados; carta reveladora de cómo en Martí, según ya indiqué, desde sus primeros trabajos en pro de la emancipación de su patria, no hay ni imprevisiones ni improvisaciones, ni ligerezas, ni precipitaciones, sino que su obra libertadora, es, desde sus comienzos, resultado de un plan y de un programa, que únicamente podría concebir y mantener en esa forma quien, como él, tiene una visión perfecta y clara de lo que se propone hacer y de cómo y para qué se ha propuesto realizarlo. No es un agitador más, ni siquiera un gran revolucionario más: es ya el estadista genial de su pueblo y de todo el Continente.

Martí, que ha visto y elegido ya — él, en aquella época sin relieve político ni revolucionario — a Máximo Gómez, como el jefe indispensable de la revolución en germen, acaba de celebrar una entrevista con Gómez y con Antonio Maceo, en la que les ha expuesto sus planes y sus propósitos, acaso recibidos con indiferencia, por provenir de un hombre demasiado joven y que no había podido tomar parte, con las armas, en la guerra de 1868, y a quien tal vez por ello miraban como un improvisado o un aprovechado. En la conversación, Martí adivina en aquellos gloriosos soldados que ya dieron su sangre por Cuba y cuyos brazos juzga indispensables para llevar al triunfo la nueva revolución, peligrosos arranques y propósitos de autoritarismo militarista; y con dolor, pero con valentía, escribe a Máximo Gómez, declarándole la penosa impresión que ha sacado de la referida entrevista y su total desacuerdo con esas ideas y esa actitud. Le confiesa su respeto, su admiración y su afecto; le tiene por hombre noble y bien intencionado, pero que padece error lamentable en la línea de conducta que se propone seguir. Rechaza que pueda considerarse la guerra de Cuba "como una propiedad exclusiva de usted en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos". "¡No: no, por Dios!" — exclama. Y le interroga: "¿Pretender sofocar el pensamiento, aún antes de verse, como se verán ustedes mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria?". Y se contesta, contestándole a Gómez: "La patria no es de nadie; y si es de alguien, será, y esto sólo

en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia". Y le participa que desiste de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre sus hombros: "A usted, lleno de méritos, creo que lo quiero: – a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está usted representando, – no". Ni transige, ni claudica. Permanece fiel a sus ideas, principios y propósitos. Ha asumido ya la función suprema de apóstol y forjador de la emancipación cubana, y de guía y maestro también, como hemos señalado, de toda Hispanoamérica. "Yo no sirvo más que al deber – agrega a Máximo Gómez –, y con éste seré siempre bastante poderoso".

¿Por qué se niega a secundar "una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas?".

Porque una guerra así no traería la República que él cree necesaria para los altos fines nacionales, continentales e internacionalistas que se propone realizar con la independencia de Cuba y Puerto Rico.

> Es mi determinación – dice a Gómez – no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.

La retirada de Martí de esa tentativa revolucionaria de 1884 influyó poderosamente en que abortara dicho movimiento.

En aquella carta a Máximo Gómez precisa Martí cómo se propone que nazca a la vida libre la República de Cuba:

> Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución, más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de

guerra que levante el espíritu, a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana?

Y delimita el papel y la misión de los cubanos que se proponen llevar a cabo la campaña libertadora:

¿Qué somos, General?: ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?

Para Martí hay una manera única de servir a la patria: olvidando todo interés personal, toda ambición egoísta; pues él mismo proclama que "el dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente".

Y si los precursores de nuestra independencia y los revolucionarios de 1868 buscaron, ocasionalmente, en sus comienzos, el apoyo, no sólo moral, sino material también, de Norteamérica, Martí, muy por el contrario, con un conocimiento minucioso y clarísimo de la historia de los Estados Unidos, del carácter de sus gobernantes, de la política desenvuelta por éstos en lo interno y en lo internacional, de las ambiciones sin límites de sus hombres de negocios, de las virtudes y defectos, vicios y males de su pueblo; y sabedor, al mismo tiempo, de la historia e idiosincrasia de los pueblos de la América nuestra, señaló, precisa y certeramente, a los cubanos qué actitud convenía que adoptaran con la América anglosajona, durante la revolución por la independencia, primero, y después en la República, y cuáles eran los lazos que debían unirnos a los pueblos de la América Hispana.

Desde Nueva York, el 14 de diciembre de 1889, y aprovechando la oportunidad que le ofrece la celebración de la primera Conferencia Panamericana convocada y dominada por el Gobierno de Washington, le escribe a su fiel amigo y discípulo Gonzalo de Quesada:

> Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!

Y enjuiciando definitivamente esas conferencias panamericanas y ese panamericanismo de factura oficial yanqui, porque de ellos está convencido (carta a Quesada, de 29 de octubre de ese año) que "nada práctico puede salir, a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros", se opone a que el caso cubano se lleve a dicha primera Conferencia Panamericana, a fin de "no sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal". Y expresa su terminante negativa a toda participación de Norteamérica en la independencia de Cuba, manifestando, junto a su repugnancia al auxilio ajeno, su convicción de la imposibilidad de

> que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado,

porque, agrega:

> una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera — no del pueblo que es, propio y capaz, — sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo.

Y califica a cualquier proyecto emancipador en que se dé participación a los Estados Unidos de "un modo directo de anexión".

Dado este concepto tan firme y persistente, no es de extrañar que no haya un solo documento ni trabajo de Martí en que aparezca, ni siquiera insinuado, que contara con el apoyo material de los Estados Unidos para la realización de su ideal libertador. Y no podía contar con ellos, porque los conocía suficientemente, según ya anticipé, como potencia que iniciaba entonces su imperialismo avasallador y fatal.

Martí vivió largos años en los Estados Unidos, y en diversas ocasiones recorrió muchas de sus grandes y pequeñas poblaciones; buena parte de su propaganda revolucionaria la hizo desde territorio norteamericano; trató a sus hombres humildes y poderosos, estudió sus costumbres, su carácter, su política. Cuando habla, pues, de los Estados Unidos lo hace con pleno conocimiento de causa y sin apasionamientos ni prejuicios. "Viví en el monstruo — dice — y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David".

Como ya dije, no cuenta, ni muchísimo menos, con la ayuda norteamericana para llevar adelante la Revolución. Cuando se dirige a Norteamérica, sólo lo hace a su pueblo y en esta forma:

> Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español.

Abrirles no es entregarles, ni es esperar auxilio de ellos a cambio de futuras concesiones, que ya él sabe perfectamente cuáles fueron la actitud y las miras yanquis con Cuba desde Jefferson hasta los comienzos de la Revolución del 95. En lo que piensa Martí es, exclusivamente, en "abrir la Isla" a un sano intercambio comercial, mutuamente provechoso, y hasta entonces prohibido por la feroz política económica española.

En cambio, sí recomendó y buscó el apoyo de Hispanoamérica a la independencia de Cuba, precisamente por lo que ésta representaba en su grandiosa concepción americanista.

Como ha expresado Enrique Gay-Calbó, "el americanismo es consustancial en Martí: nació con sentimientos americanos y vivió de la savia de América, no sólo metido en la tragedia americana, sino que también fué uno de los hijos de esa tragedia".

Su amor por Hispanoamérica se desborda incontenible en discursos, manifiestos, trabajos periodísticos, versos y cartas. A Manuel Mercado, desde Guatemala, en 6 de julio de 1878, le dice: "Usted conoce mi pasión por la justicia, mi ardor contra la infamia y la violación más nimia del derecho; mi amor de enamorado por la gloria y el brillo de América". Considera a todos esos pueblos como patria común – "mis tierras de América", las llama en otra carta a Mercado de diciembre de 1889 –; y no hay país hispanoamericano al que, llegada la ocasión no dedique las más efusivas muestras de su cariño, sus simpatías y su comprensión.

Orgulloso se muestra de ser americano.

> ¿En qué patria – declara en su famosísimo trabajo *Nuestra América* – puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso guiando jacas de persia y derramando champaña.

Su fe en América le hace exclamar, recogiendo palabras de Rivadavia el argentino, que "estos países se salvarán", porque

> con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Increpa a los descreídos y traidores:

> A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás... ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpin-

> tero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal de indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! . . . ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más! . . . ¡Estos "increíbles" del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban sus erres!

Predica, una y mil veces, la unión de los pueblos hispanoamericanos. "Juntarse — dijo — es la palabra del mundo". Y en la bella tierra de Guatemala inicia su apostolado de fraternidad americana, declarando:

> Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América . . . puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento ni corazón mezquino ha de menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?

Y años más tarde, ya en plena lucha americanista, proclamará:

> Ya no podemos ser el pueblo de hojas que vive en el aire con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

Y para unirse, y unidos batallar por comunes ideales, es necesario que los pueblos hispanoamericanos se conozcan entre sí:

> Lo que quede de aldea en América ha de despertar . . . Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de la casa chica, que le tiene envidia al de la casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos.

Señala a gobernantes y gobernados cómo cada uno de nuestros pueblos, para salvarse a sí mismo y estar, además, en disposición adecuada de salvar al continente, debe conocer su propio país;

darse cuenta de "que el problema de la independencia no era el cambio de formas sino el cambio de espíritu". Y precisará su pensamiento:

> Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos.

Hace ver que la incapacidad de que se acusa a nuestros pueblos,

> no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia... El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país... Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!

Juzga que del mismo modo "que se abren campañas por la libertad política, debieran abrirse con mayor vigor por la libertad espiritual; por la acomodación del hombre a la tierra en que ha de vivir". Cuando estudia, durante su estancia en Guatemala el año 1877, la acertada reforma de adaptación a las necesidades del país que se han realizado en los códigos nacionales, exclama alborozado:

> ¡Al fin la independencia ha tenido una forma! ¡Al fin el espíritu nuevo ha encarnado en la Ley! ¡Al fin se es lo que se quería ser! ¡Al fin se es americano en América, vive republicanamente la República, y tras cincuenta años de barrer ruinas, se echan sobre ellas los cimientos de una nacionalidad viva y gloriosa.

Propugna el fomento de la riqueza pública de cada uno de nuestros pueblos:

> Créese riqueza pública, protéjase el trabajo individual; así, ocupadas las manos, anda menos inquieta la mente. La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones... No hay más medio de asegurar la libertad en la patria y el decoro en el hombre, que fomentar la riqueza pública. La propiedad conserva los Estados. Un déspota no puede imponerse a un pueblo de trabajadores.

Contemplando el cuadro que a su vista le ofrecen las tierras de su América, afirma que porque éstas

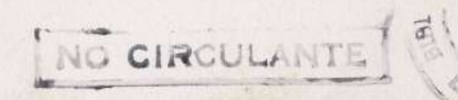
> fueron por la naturaleza tan ricamente dotadas; como tenemos en todas partes a la mano este agente infatigable de producción, al progreso agrícola deben enderezarse todos los esfuerzos, todos los decretos a favorecerlo, todos los brazos a procurarlo, todas las inteligencias a prestarle ayuda. El mejor ciudadano es el que cultiva una extensión mayor de tierra.

No concibe separadas la agricultura y la instrucción, puesto que ésta acaba lo que aquélla empieza. Celebra la política seguida por el gobierno guatemalteco de fomento de la agricultura y la educación, enseñando a leer y enseñando a cultivar:

> Saber leer, es saber andar; saber escribir, es saber ascender... Una escuela es una fragua de espíritus; ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!... La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas... Hombres recogerá quien siembra escuelas.

De esa gran fragua que fué para su americanismo la estancia en México y en Guatemala, nos dejó riquísimo metal de aprovechables enseñanzas, y entre ellas frente al peligro de entregarse a un cultivo exclusivo, ésta: "Debiera ser capítulo de nuestro Evangelio agrícola la diversidad y abundancia de los cultivos menores".

De nada servirá a nuestros pueblos su separación de la metrópoli española y constitución en Estados republicanos, si su independencia política no está respaldada y garantida, hecha realidad, por su independencia económica. Por eso, Martí rechaza la unión exclusiva, que puede convertirlos en protectorados, con



algún pueblo mayor, rico, fuerte y poderoso, tal como vislumbró aterrorizado en la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América de 1891, advirtiéndolo entonces y para el mañana, en informe memorable que debe ser considerado como el estudio más singularmente revelador del estadista genial que hay en José Martí:

> Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a algunos, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Imposible sería en los cortos límites de este trabajo continuar enumerando, uno a uno, todos los requisitos que Martí exigió a nuestros pueblos para que no se malograsen sus empeños e ideales americanistas; requisitos que tienen la categoría de bases fundamentales de su americanismo; pero no podemos dejar de citar, siquiera, la ineludible necesidad, por Martí señalada, de contar con el indio y el negro, rechazando de plano toda discriminación racial, todo odio de razas, sencillamente, porque "no hay razas", pues sólo

> los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre.

Cuenta también con los pobres y los oprimidos y hace con ellos "causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores". Y fiel a estas prédicas, para realizar su obra revolucionaria, emancipadora de Cuba y consolidadora de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, no buscó a los poderosos y a los ricos, sino a los oprimidos y a los pobres, a los trabajadores, a quienes llama "hermanos queridos", los

> callados, amorosos, generosos, obreros cubanos en el Norte, los héroes de la miseria... los pobres de la tierra, esos a quienes el elegante Ruskin llamaba "los más sagrados entre nosotros", esos de quienes el rico colombiano Restrepo dijo que "en su seno sólo se encontraba la absoluta virtud"; esos que jamás niegan su bolsa a la caridad, ni su sangre a la libertad.

Y en trabajo escrito sobre Centroamérica afirma: "Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho como a un árbol nuevo".

Heterodoxo, librepensador, laico, antiteocrático y anticlerical – según he dejado plenamente comprobado en mi ensayo *Martí y las Religiones* – en sus peregrinaciones patrióticas y revolucionarias por varios de nuestros pueblos – especialmente México, Guatemala y Venezuela – pudo comprobar la alianza formidable que en todos ellos mantenían el catolicismo clerical y el reaccionarismo político, herencia de análogo mal endémico padecido por España, y observó también cómo la Religión Católica "tiene dos fases que merecen cada una peculiar consideración: es doctrina religiosa, y es forma de gobierno". Y comprobó que es "el clero, por quien España perdura en América".

Comentando la funesta acción reaccionaria de los católicos en México, en 1875, expresa:

> ¿Quién puede desconocer cuántas heridas están abiertas, cuántos males están palpitantes, cuántos elementos dañosos hay en la constitución de nuestros pueblos por el dominio y afán absorbentes de la doctrina católica?

Y a los hispanoamericanos predicó la ineludible necesidad en que se hallaban de combatir y poner término a la influencia nociva del clericalismo en la vida política de nuestros pueblos.

Y por su defensa de los liberales y progresistas mexicanos, guatemaltecos y venezolanos, se vió forzado a abandonar estas tierras para él tan queridas.

Desde lejos sigue también Martí las alternativas de progreso y retroceso experimentadas por otros pueblos hispanoamericanos. Y cada vez que la oportunidad de un libro nuevo o un suceso extraordinario le permite expresar su opinión sobre problemas del momento, su pluma está presta a la difusión o al encomio de la buena causa del progreso o a la diatriba y anatema contra los elementos reaccionarios clericales. Conmina a los hispanoamericanos que den batalla sin cuartel (artículo *Federico Proaño, periodista*), "a los enemigos del albedrío del hombre", a los reaccionarios políticos, económicos y sociales, amparados y robustecidos por el clericalismo, a fin de vencerlos totalmente e impedir su resurrección.

No puede Martí dejar de rebelarse contra la disociadora actuación reaccionaria de los periódicos clericales y la funestísima influencia que en los niños – "la esperanza del mundo" – tienen las escuelas religiosas sectarias, por lo que juzga que

> ni religión católica hay derecho a enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica; o no es el honor virtud que cuenta entre las religiones, o la educación será bastante religiosa con que sea honrada, eso sí, implacablemente honrada.

Señaló Martí a los futuros gobernantes de su República cubana, y a los de todas las Repúblicas democráticas y laicas del Continente, la conducta que debían observar, en su carácter de tales gobernantes, siempre que se tratase de asuntos y problemas de índole religiosa. Acepta la tolerancia justa y equitativa, pero no la que se tenga "como especial predilección y simpatía", "porque tolerar es permitir que se haga; pero de ningún modo es hacer lo que se tolera". Reconoce que el gobernante

> puede tener simpatías íntimas por un culto determinado; pero cuando acepta el cargo de gobernador, sobrado difícil para que todos lo entiendan y lo cumplan, acepta con él la Constitución y leyes adicionales que el cargo representa: prohiben estas leyes la contemplación predilecta a culto alguno: la Ley no asiste a los actos religiosos, porque la Ley es el Estado; el Estado no puede tener principios religiosos, porque no puede imponerse a la conciencia de sus miembros. Y el funcionario, que lo representa, es el Estado en cuanto es su funcionario, como el Estado ha de ser indiferente; como él, no puede expresar determinada tendencia religiosa; porque no cabe la atención especial a una, en aquel que tiene el deber de atender de igual manera a todas.

Y refiriéndose a aquellos clericales, que ayer llamábamos absolutistas y hoy militan, con diversos nombres, en las filas del más o menos franco o más o menos solapado conservadorismo y entonces como ahora hacen guerra hipócrita o abierta a nuestras Repúblicas y a sus instituciones democráticas, Martí aconseja a nuestros gobernantes decisión y energía para combatirlos, sin respeto ni miramientos, porque — declara —

> no puede combatirse con medios de respeto, a los que por encima de todo respeto saltan y rompen . . . no pueden tenerse miramientos constitucionales, para los que anidan en el seno de la Constitución con ánimo de herirla y devorarla.

Pero el americanismo de Martí tiene también, como ya apunté al comienzo de estas palabras, definidos y trascendentales caracteres internacionalistas, pues no sólo se propone independizar a Cuba, sino también a la isla hermana de Puerto Rico.

¿Por qué y para qué?

Para poder, una vez arrancadas estas dos islas del poderío español, equilibrar con la independencia de ambas el Nuevo Mundo, convirtiéndolas a ellas, hechas ya naciones libres, en valladar que impida el desbordamiento del imperialismo yanqui sobre los pueblos de Hispanoamérica y sobre el Mundo.

Martí no pudo abarcar en todas sus modalidades el fenómeno imperialista moderno, por la sencilla razón de que en la época en que Martí realizó su campaña revolucionaria por la independencia de Cuba y Puerto Rico, no se había producido aún el imperialismo como fase monopolista del capitalismo, según lo

define e interpreta Lenin en su obra *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo,* ni Norteamérica era aún gran potencia imperialista, en este sentido considerada, aunque tenía desde 1805 puestas sus miras sobre Cuba, por razones de rivalidad política y comercial con Inglaterra y por la situación geográfica inmediata de la Isla a las costas de la Unión.

Pero, sin comprobar, porque no existía, el fenómeno imperialista moderno, Martí previó su advenimiento, y dándose cuenta de la especialísima situación geográfica y económica de las Antillas en relación con los Estados Unidos, no cuenta jamás con éstos, ni por un momento, para llevar a cabo su labor revolucionaria, no por odio o animadversión a Norteamérica y sus hijos, sino porque, conocedor profundo de las "entrañas del monstruo", y de la idiosincrasia de nuestros países, quiere impedir que los Estados Unidos se apoderen de las Antillas, y dueños de ellas invadan con su imperialismo, la América y el Mundo.

De tener carácter solamente nacionalista la obra de Martí, le hubiera bastado conquistar la independencia para su patria nativa; pero se propuso, a la vez y conjuntamente, laborar por la libertad de Puerto Rico, para no dejar en manos de España esa tierra antillana y en peligro inminente de caer en poder de Norteamérica, con lo que se frustrarían sus propósios antimperialistas.

Esa extraordinaria, no igualada, y apenas comprendida visión política de Martí, la descubrimos, arraigada ya en su pensamiento, desde que comienza sus trabajos revolucionarios por la independencia de Cuba, comprobándose claramente que el ideal libertador cubano, el ideal americanista y el ideal antimperialista brotan hermanados en su mente y en su corazón, y hermanados marchan durante toda su actuación política.

En carta de 13 de septiembre de 1892, ya constituído el *Partido Revolucionario Cubano,* como Delegado del mismo se dirige a Máximo Gómez, pidiéndole ponga de nuevo su talento y su brazo al servicio de la Revolución cubana y ofreciéndole el puesto de General en Jefe del Ejército Libertador. En esa carta no se olvida de expresarle los propósitos que el Partido persigue con la independencia de Cuba y Puerto Rico: "*asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de*

la familia de nuestros pueblos en América". Y le agrega: *"para la libertad y el bienestar de todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas"*.

En el artículo *Las Antillas y Baldorioty Castro,* de 1892, Martí, refiriéndose a las Antillas, las ve como

> las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, *como tres guardianes de la América cordial y verdadera que sobrepujará al fin a la América ambiciosa*, *como tres hermanas . . . las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable,* las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

En el breve artículo sobre *Domingo Estrada,* de 1892, aparecen estas palabras, explicativas de sus altos ideales y fines políticos:

> Es cubano todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos; ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; *peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.*

En un trabajo de 1893 – *Un poema cubano. "Los arabescos de Eduino", por José Antonio Calcaño* –, al referirse a Venezuela, deja constancia del propósito bolivariano – y suyo, como continuador de la obra americanista de Bolívar – de redondear el mundo que aquél engendró, *"con la libertad de las Antillas, peligro y rémora del Continente y de la paz universal mientras continúen esclavas"*.

Es *"para bien de América y del mundo"*, por lo que el *Partido Revolucionario Cubano* convoca a la guerra, la organiza y la realiza. Y al constituirse el Cuerpo de Consejo de los siete clubes existentes en Veracruz, Martí publica un artículo, *Otro Cuerpo de Consejo* aclarando el interés y la finalidad hispanoamerica-

nos de la Revolución cubana, por los que, a Cuba basta darlos a conocer, para lograr la adhesión y cooperación de sus hermanas del Continente.

> Cuba no anda — dice — de pedigüeña por el mundo: anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. *Al salvarse, salva. Las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el Continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el Istmo y apretar luego con todo este peso por el Sur.* Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libres a Cuba y Puerto Rico.

Obra ésta tan trascendente como difícil de realizar. Martí lo comprende:

> No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. *Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar.*

Ya alzada Cuba en armas, Martí en una comunicación de febrero de 1895, *Al Presidente del Club "10 de Octubre"*, de Puerto Plata, le hace a éste, según ha solicitado, las sugerencias que cree oportunas para la mejor colaboración de ese Club en los propósitos revolucionarios, destacándole el interés que los pueblos hispanoamericanos deben tener en el éxito de la empresa acometida: "que al fin — le dice — cada ciudad de América sea una bolsa de *la libertad de Cuba, que es garantía indispensable de la de nuestra familia de pueblos en el Continente. Estamos haciendo obra universal*".

En Montecristi, el 25 de marzo de 1895, antes de partir en unión de Máximo Gómez para los campos de Cuba Libre, redactó Martí otro documento en que dejó precisados el carácter y la finalidad internacionales que tenían sus propósitos revolucionarios, a que aludía el famoso Manifiesto ya citado: es la magní-

fica y conocidísima carta a don Federico Henríquez y Carvajal, a la que se ha llamado su "testamento político".

Hecho carne de su carne, sangre de su sangre, todo su pensamiento y toda su dedicación, este "problema de tanto alcance y honor tanto", Martí ofrendó su vida por la libertad de Cuba, pero también por libertar a Hispanoamérica y al Mundo de la futura y temible invasión del imperialismo yanqui.

Y muere Martí con esos ideales en el pensamiento y en el corazón. A ellos abrazado va a la muerte. El 18 de mayo de 1895, víspera de la tragedia de Dos Ríos, le escribe a Manuel Mercado una carta, ya citada, en la que, presagiando su fin inmediato, le dice:

> Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber — puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo — *de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.*

Y confesándose al amigo querido y lejano, le declara:

> *Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.*

Ante estas frases, dichas como culminación de su vida entera, un pensamiento se nos impone: ¡cuál no sería la dominadora fijeza de la convicción, del sentimiento antimperialista en el alma y en el cerebro de Martí, cuando, aun queriendo que anduviesen ocultos, para mejor triunfo de su obra, dejó inequívoca constancia de ellos en tantos de sus escritos!

Las prédicas martianas americanistas e internacionalistas no han perdido su vigencia en la hora de ahora, porque aún se debaten en nuestro Continente los mismos problemas que Martí confrontó en sus años de luchas por la libertad de su patria nativa y la consolidación de su patria grande, de su *Madre América.*

Los factores que mantenían en aquellos tiempos la desunión entre los pueblos hispanoamericanos, la falta de mutuo conoci-

miento, paso previo para el abrazo fraternal que les permitiera acometer con seguridades de éxito la pelea por la conquista de la verdadera libertad política, fundamentada en la independencia económica, en el fomento de la riqueza pública, en la debida acomodación de los ciudadanos de cada país al espíritu y elementos propios de éste... constituyen todavía barreras que impiden o retardan el triunfo definitivo de los ideales martianos.

¿Cómo van a unirse los pueblos de Hispanoamérica si aún en muchos de ellos no ha sido arrancada de raíz la planta maldita de los antagonismos, de las rencillas y los odios, de la indiferencia o la apatía cívicas; si aún supervive la colonia con sus reaccionarismos; si aún persiste honda división clasista entre dos castas irreconciliables, de explotados y explotadores; si aún al indio y al negro no se les ha permitido alcanzar, aunque no sea más que la categoría humana; si aún quedan pueblos que no han podido todavía estabilizar su vida democrática?

La fraternidad americana por la que Martí peleó y murió no era la falsa y momentánea convivencia — de cortesías y banquetes — de las reuniones diplomáticas, ni la de — discursos y papeleos — de las asambleas internacionales: era algo totalmente distinto, infinitamente superior, jamás realizado en la historia: la real, efectiva y permanente unión de Estados que no sólo tuvieran constituciones y leyes democráticas, sino, además y primordialmente, cuyos gobernantes — demócratas sinceros, escogidos democráticamente por sus pueblos — las guardasen y cumpliesen, democráticamente.

Al abandonar Guatemala en 1878 Martí vino a Cuba y, desde los primeros momentos de su estancia en La Habana y no borrados aún de su mente, su corazón y su cuerpo los horrores del presidio político colonial, sufrió los nuevos horrores del despotismo metropolitano. Espantado le confía a su amigo Mercado sus tristezas, sus dolores, su inconformidad, su rebeldía.

> Aquí me veo — le dice — sin alegrías para el espíritu, queda la pluma y aherrojados los labios, arrastrando difícilmente una vida que se me hace cada día más trabajosa. Yo no he nacido para vivir en estas tierras. Me hace falta el aire del alma. Hay que refugiarse en la sombra, allí donde está el sol lleno de manchas. ¡La vida española, después de vivir la vida americana! ¡El rebajamiento de los caracteres, des-

> pués de haber visto tantos bosques y tan grandes ríos! ¡El destierro en la patria, mil veces más amargo para los que, como yo, han encontrado una patria en el destierro!

Cuando ese cuadro espantoso, pintura sangrante, pero exacta de la vida bajo el régimen absolutista español, no pueda contemplarse bajo el manto de una bandera nacional y la ficción de una Constitución democrática, en tierra alguna de Hispanoamérica, se gozará entonces del clima democrático indispensable para que se realicen los ideales martianos de unión y fraternidad americana.

Y unida fraternalmente *Nuestra América* y en marcha el americanismo de Martí, estarán nuestros pueblos en condiciones de afrontar y rechazar las acometidas del imperialismo, porque como Martí dijo, "ni pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar" y

> los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito, hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño.

Y unidas las democráticas Repúblicas de Hispanoamérica, podrán acometer la gran tarea de ir modificando las condiciones, hasta ahora imperantes en algunas de ellas, económicas y políticas en que mal viven, y podrá ser verdadera y justa en todo el Continente la norma internacional de la verdadera política de buena vecindad, que tantos estadistas hispanoamericanos propugnaron, desde Bolívar y Morazán hasta Hostos y Martí, para bien de América y del Mundo.

CONCLUSIONES

Los principios fundamentales del americanismo de Martí son:

1. - *Amor a Nuestra América y orgullo de ser americano.*

> ¿En qué patria — declara en su famosísimo trabajo *Nuestra América* — puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro

con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso guiando jacas de persia y derramando champaña.

2. - *Fe en Hispanoamérica.*

Estos países se salvarán, porque con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás... ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal de indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades!... ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más!... ¡Estos "increíbles" del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban sus erres!

3. - *Unión de los pueblos hispanoamericanos.*

Juntarse — dijo — es la palabra del mundo.

Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América... puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento ni corazón mezquino ha de menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?

Y años más tarde, ya en plena lucha americanista, proclamará:

Ya no podemos ser el pueblo de hojas que vive en el aire con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según

la acaricie el capricho de la luz o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

4. - *Conocimiento mutuo.*

Lo que quede de aldea en América ha de despertar... Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de la casa chica, que le tiene envidia al de la casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos.

Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos.

5. - *Acomodación de normas de gobierno, leyes y medios de vida a las necesidades de cada país.*

El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país... Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!

Del mismo modo que se abren campañas por la libertad política, debieran abrirse con mayor vigor por la libertad espiritual; por la acomodación del hombre a la tierra en que ha de vivir.

Créese riqueza pública, protéjase el trabajo individual; así, ocupadas las manos, anda menos inquieta la mente. La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones... No hay más medio de asegurar la libertad en la patria y el decoro en el hombre, que fomentar la riqueza pública. La propiedad conserva los Estados. Un déspota no puede imponerse a un pueblo de trabajadores.

Las Antillas, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianas de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas... las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

Peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.

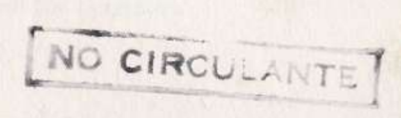
Cuba no anda — dice — de pedigüeña por el mundo; anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el Continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el Istmo y apretar luego con todo el peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libres a Cuba y Puerto Rico.

No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar.

La libertad de Cuba, que es garantía indispensable de la de nuestra familia de pueblos en el Continente. Estamos haciendo obra universal.

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber — puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo — de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

PRESTAMO INTERNO BP-15

No.	COD.	FECHA DEV.	OP.
12882	2364	3.1.91	03
15329	234	22.3.91	03
15339	2346	25.3.91	03
S/N	3-11-06	[illegible]	01
S/N.	8/11/06	[illegible]	
S/N.	14/01/22	[illegible]	
S/N	14/07/02	03 [illegible]	

